



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13546

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

## REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

LUNES 14 DE ENERO DE 1907

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correa póstales en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 51, Faubourg-Montmartre.

## EL NUEVO PESO de los paquetes postales

A contar desde el día 1.º de Enero se ha introducido una importante reforma en la revisión internacional de paquetes postales cuyo límite de peso queda ampliado.

España envía pocos paquetes de gran peso al extranjero, pero éste le remesa, en cambio, cada vez en mayor número aquéllos, pudiendo ahora hacerlo hasta un 67 por 100 mas de peso, puesto que por el mismo franco que pagó 3 kilogramos, puede enviar 5 kilogramos.

Por esta razón las remesas serán menos fraccionadas dentro de nuestra nación, puesto que antes aun cuando por las otras circulaban los paquetes de 5 kilogramos, al llegar á la frontera española eran separados y reexpedidos en paquetes de 2 y 3 kilogramos, lo que no precisa hacer al presente, continuando gozándose de esta economía dentro de nuestro territorio, sin que tampoco les haga falta acogerse á las tarifas ordinarias de encargos, ni á las especiales X números 2 ó 5 que nunca llegaban á equiparar en ventajas al paquete postal extranjero de 5 kilogramos.

España ahora, conforme al último Convenio postal, se adhiere al acuerdo de las demás naciones de la Unión, deduciendo, según lo manifestado por las Compañías de ferrocarriles españoles, implantar la innovación desde 1.º de Enero, aunque el plazo que se le concedía era mas largo.

El desinterés de estas entidades es que por 0'75 pesetas que perciben por paquete, transportan 5 en vez de 3 kilogramos.

Son estas Compañías, la del Norte; Madrid á Zaragoza y á Alicante; Andalucía; Madrid á Cáceres, Portugal y Oeste; Medina á Salamanca; Salamanca á la Frontera; Medina á Zamora y de Orense á Vigo y Sur de España, y todas ellas han aceptado ese aumento de 17 por 100 de peso en los paquetes que se comprometen á transportar.

Bajo el régimen que se implanta, es de creer que ciertos envíos que hacemos al extranjero ganan bastante, como son, por ejemplo, los de frutas, cuyos paquetes podrán pesar 5 kilogramos, con lo que la expedición resulta muy barata, quedando además libre del impuesto de transportes, de formalidades en las Aduanas y de otras dificultades con que tienen que tropezar envíos de más peso hechos como mercancía por ferrocarril.

## CRÓNICA MUNDIAL

### EL SUSPIRO DEL MORO

Mohamed atalaya los alrededores de Tánger desde elevado picacho de la agreste serranía.

De vez en cuando acerca su oído á la peña y escucha atentamente. En la cara del moro se revelan la impaciencia y la ira.

A pocos pasos de Mohamed, entre espeso matorral, se ocultan hombres y caballos. Hombres y caballos parecen soñolientos y entumecidos por el vaho caliente que despiden la tierra.

Sólo Mohamed vigila. Sumirada interrogadora escarba el horizonte ansiando, describiendo lo que se esconde tras aquella raya en que el cielo y la tierra se confunden en amoroso beso.

El Guebbas y el Raisuli se dan por fin la cara.

La «mehallá» del Sultán y las huestes faciosas luchan con denuedo.

El combate se encarniza, la sangre corre, las descargas se suceden, alaridos de hombres y de bestias se unen en extraña cópula, el rudo trotar de los caballos hace que se queje el suelo con rumor bronco, y el humo, compasivo, vela tupidamente el triste cuadro.

El Raisuli, al frente de sus jinetes, aterrador de odio, magnífico de altivez, agita en su mano bronceada el curvo acero.

El alfange del caid rebelde teñido está de rojo.

El Guebbas, situado en el centro de sus fuerzas, dirige gravemente la resistencia de su tropa.

A veces contempla los cañones, que la infantería tapa al enemigo, sirviendo de engañador biombo.

El Guebbas sonríe fríamente.

El montaraz escuadrón se precipita en apretada masa sobre los infantes, que le aguardan impasibles.

El Raisuli, ronco el grito y desencajada la faz, excita á sus bravos combatientes.

El Guebbas estudia atento el avance de caballeros y corceles; y, cuando el furioso escuadrón se dispone al asalto, el Guebbas lanza una orden breve, concisa.

Las líneas de infantería se entrecienden, el biombo se desgarrá, las piezas de artillería se muestran y hablan retumbantes el fúnebre lenguaje de la muerte.

Sobre el requemado suelo yacen luchadores de ambos bandos; muertos los unos, heridos los otros, estropeados éstos, aturdimos aquéllos. Restos de pertrechos y de armas se confunden con los cuerpos. La sangre humea todavía. El sol desde la altura acaricia con sus rayos el montón de los escombros de la guerra, para transformarlos en mantillo fecundante. A lo lejos y confundiendo ya con los ásperos contrafuertes de los montes, se divisan hombres que huyen y hombres que persiguen.

Mohamed, el vigilante Mohamed, atalaya á un jinete que sube la montaña por escarpado vericuesto.

El caballero que llega camina distraído. Sus brazos caen á lo targo de su busto. Su cabeza abatida se envuelve entre los pliegues de suco alquicel. La cabalgadura marcha libremente sin brida que la coarte, ni espuela que la aguijonee.

El triste caballero es el Raisuli. El Raisuli que, vencido, torna á refugiarse entre peñascos.

Mohamed observa un momento al caminante, luego silba, al silbido salen de la espesura varios hombres. Mohamed les habla, se alejan ellos, y á poco, vuelven conduciendo al Raisuli, que se resiste y forcejea.

El preso se fija en Mohamed, le reconoce y exclama jubiloso:—¡Alah es grande!, ¡estoy salvado!

—No; eres mi prisionero,—responde secamente Mohamed.

—Yo soy tu amo,—ruge el Raisuli.

—No te obedezco ya, señor.

—Entonces, ¿tú acatas al Sultán?

—Yo sólo sucumbo á una fuerza todopoderosa. A la fuerza del ochavo.

El Raisuli humilla resignado su cabeza y murmura con irónico amargor:

—¡Aún se dirá que en Marruecos no están civilizados!...

Alardece; la brisa del crepúsculo vaga entre los picos y oquedades de la montaña y recoge en su seno, para expandirlo por los campos y villas del Moghreb, un suspiro fuerte, apa-

sionado, viril: el suspiro del moro, el suspiro que exhala el pecho rebelde del Raisuli.

Notas.

## Política Internacional

### Americanos y Japoneses

El gobernador de California ha criticado en su mensaje anual á la legislatura local, el mensaje del presidente Roosevelt en su parte relativa á la exclusión de los japoneses en las escuelas públicas de San Francisco.

Dice que el presidente ignora la situación del Estado del Pacífico y no comprende que la inmigración china y japonesa constituye un elemento inasimilable. Conviene, pues, tener separados á los inmigrantes del mongol, quienes tienden á monopolizar todos los negocios, en los cuales intervienen en detrimento del público.

«Los japoneses—dice—no pueden convertirse en buenos ciudadanos americanos, y es inútil intentar la transformación.

«El tratado con el Japón, tal como se interpreta, no estipula que los japoneses deban ser admitidos en las mismas escuelas que nuestros hijos.

«Dar á los japoneses las mismas facilidades para instruirse que á nuestros niños, entiendo que es separarse del tratado. Además, la ciudad de San Francisco parecería que se conforma, estableciendo escuelas separadas para los japoneses, con el espíritu y la letra de las leyes de dicho Estado.

«Los tribunales americanos hayan decidido que California no tiene derecho de obrar así, el Estado se reserva el derecho de dirigir sus escuelas conforme á las leyes existentes, de la manera que le parezca mejor, sin faltar al respeto que debe al Gobierno de los Estados Unidos, ni á los ciudadanos de ninguna nación extranjera.

«Según las estadísticas, el número de japoneses llegados á los Estados Unidos fué el año pasado de 17.000.»

M. LUIS

## ECOS NAVALES

Francia

El «Journal» ha publicado una entrevista muy interesante con Monsieur

Thomson, ministro de Marina, acerca de la construcción de buques sumergibles de 800 toneladas.

«Estamos obligados—dijo el ministro de Marina—á ir adelante so pena de perder la aún apreciable superioridad que poseemos respecto á las Marinas extranjeras en la cuestión de los sumergibles.

«Es necesario aumentar el desplazamiento tanto de las grandes como de las pequeñas unidades, y al aumentar el desplazamiento, se aumenta por consiguiente su radio de acción y su velocidad.»

Mr. Thomson no cree fundados los temores del ingeniero naval Monsieur Lebauf. Está firmemente persuadido el ministro que ha cumplido con su deber al sostener el programa naval que se está ejecutando, el cual es producto de los estudios de Consejos técnicos navales.

Tiene absoluta confianza en los ingenieros que han proyectado los sumergibles de 800 toneladas, que son buques expresamente concebidos para la ofensiva. «Tan pronto como los poseamos—dijo—nuestra fuerza naval se habrá aumentado considerablemente.»

Incidentalmente Mr. Thomson mencionó su solicitud por los arsenales del Estado, señalando las ventajas de sostener en ellos las obras necesarias para mantenerlos en plena actividad, toda vez que—dijo—en tiempo de guerra sólo en ellos podemos confiar.

Inglaterra.

El tema de las conversaciones en los círculos navales versa en estos momentos sobre los ejercicios tácticos que se verificarán en las aguas de Lagos al próximo mes de Febrero, en los que tomarán parte las escuadras del Canal y del Atlántico con sus respectivas divisiones de cruceros.

Estos ejercicios, que serán dirigidos por el prestigioso almirante Sr. A. K. Wilson, prometen ser de excelentes resultados y al mismo tiempo serán como la despedida que haga tan ilustre almirante al servicio activo de la Armada, pues por el inflexible reglamento de edades, le corresponde pasar á la reserva el 4 del próximo mes de Marzo. Después de concluidos los buques se dispersarán para constituirse en las Escuadras y divisiones, con arreglo al nuevo plan del Almirantazgo.

## Notas de un curioso

El millonario mas rico del mundo:

M. Bockefeller, el rey del petróleo, la cifra exacta de cuya fortuna se desconoce, pero cuyas rentas, según unos de sus íntimos amigos, ascendieron, durante el año pasado, á doscientos millones de francos, no es, según el «Metropolitan Magazine» de Nueva York, el hombre más rico del mundo.

El hombre más adinerado del mundo, según el citado periódico, es Federico Vayerhauser, cuya fortuna asciende á más de dos mil millones de duros.

Este señor nació en Alemania, en 1834, y siendo aun muy joven emigró á los Estados Unidos, en cuyo país empezó trabajando en la construcción de vías férreas.

Más tarde entró como obrero en una fábrica de aserrar madera, que adquirió pasado algún tiempo, con relativa facilidad, comprando luego por poco dinero inmensos bosques, cuya explotación le dió muy buenos rendimientos.

Hoy posee en diferentes Estados de la Unión Americana y especialmente en los del Noroeste grandes extensiones de terrenos cubiertos de ricos bosques.

Este archimillonario vive con extraordinaria sencillez y como gasta tan sólo una escasa parte de su fortuna y va acumulando cada día nuevos intereses é intereses, calcula que dentro de breves años habrá acumulado una fortuna superior á toda potencia.

Alargando un barco

En los astilleros de Clyde acaba de efectuarse la operación de alargar en una cuarta parte más un buque mercante inglés, el «Thames».

Es este buque de acero de 230 pies de largo y se trata de aumentar sus dimensiones prolongando su eslora en unos 50 pies.

Para proceder á esta operación se le cortó primeramente por la parte inmediatamente anterior al puente, y separadas luego las dos partes, dentro del dique seco, en el espacio necesario de 50 pies, se está ahora procediendo á la construcción de la nueva parte del buque, luego quedará soldada por ambos extremos á los dos trozos por donde ha sido cortado aquél.

Esta rara operación no es la primera de este género que se efectúa na-

duro y frío. Le parecía que ya había muerto y que estaba acostado en la tierra.

Entonces se puso triste. En el silencio y la soledad los recuerdos se despertaban. Recordó la vida, cerró los ojos, y toda la existencia fué desfilando ante él; desde aquel momento ni siquiera vió el techo; miró en sí mismo. Aquellas fueron para él horas su amargura, pues ningún recordamiento halló en su conciencia; sus ensueños le presentaban continuamente las caras tristes de Jorge y Juana aquel espectáculo, lejos de devolverle sus fiebres le consolaba y le encoraba, dándole á que la fealdad de ambos era obra suya; se iba con la dicha de haber oído para siempre á los únicos seres á quienes amaba en el mundo.

En las clarivisiones de la muerte, sin misión se le aparecía tal cual había debido ser. Comprendía que había cumplido plenamente la última voluntad de la muerte. En aquella hora posterior, sentía que hasta su amor formaba parte de su tarea; no habría velado sobre Juana con un cuidado tan celoso si no la hubiese amado. Al morir la señora de Ricardo, había sin duda previsto el porvenir; de eso que Daniel amara á su hijo, que la vigilaría como un amante, y que cuando fuese necesario sacrificarlo y morir.

Un día, una duda atormentó á Daniel; estuvo á punto de recaer en sus angustias. Preguntó si no

Jorge continuó hablando, contando aquel largo martirio; apesaba sobre cada detalle, presentaba sin ruidos las miserias y los sufrimientos de aquel pobre ser. Eran doce los años pasados, or Daniel en la soledad y la adoración, mientras estaba Juana en el convento; era la abnegación entera y completa; el empleo en casa de Tullier, la vigilancia de los enfermos de las fiebres del mundo, los paseos en el Monte Rouge. A medida que iba hablando, el mismo veía más claramente; se daba cuenta de todo, adivinaba lo que su amigo le había contado. Su voz temblaba y sus ojos se humedecían.

Para terminar, habló Jorge de las cartas. Confesó la verdad, describió el amor de Daniel, abrió el relato de Juana aquel corazón encorajado y ellos eran quienes, sin saberlo, habían destruido aquel corazón!

Como recompensa de su abnegación, recibían de impensado un consuelo supremo.

Cuando hubo acabado, sintió Jorge más tranquilo. Levantó la cabeza y miró á la joven que se había puesto de pie, tembrosa.

Recordaba la última conversación que había tenido con Daniel, y estaba asustada por los instantes minutos que le había cenado. Acababa de ver, como en un relámpago, la vida del desgraciado. Sintió una piedad inmensa, una necesidad de hacerle perdonar.